



**Una poética de resistencia del pueblo**  
**(Los cuentos orales como cultura disidente de las minorías)**

Antonio Rodríguez Almodóvar<sup>1</sup>

España

Dentro de las tradiciones orales, los cuentos han ocupado siempre un centro de gravedad, pues en torno a él se formaban las tertulias campesinas y de los hogares humildes. Ahí se transmitieron muchos valores de la comunidad, a menudo discordantes de los de la burguesía y la cultura oficial. En este sentido, enfocaremos hoy el concepto de minoría como el de clase social marginada de los circuitos de la cultura del poder.

De muchas maneras se puede considerar el carácter disidente de esa otra cultura, como transgresora de los predicamentos y de las instituciones de la cultura dominante; siempre crítica con el poder –en cualquiera de sus formas–, e incluso heterodoxa en materia de religión, o simplemente ajena a los principios morales por los que se gobiernan las clases superiores. Todo ello hizo que los cuentos populares fuesen considerados por la escuela positivista como historias inconvenientes para la “correcta” educación del niño, es decir, lo que hoy llamamos políticamente incorrectos, cuando en la realidad de la vida de las gentes sencillas tuvieron justamente el sentido contrario: socializar y preparar a los niños para una crítica, útil y divertida comprensión del mundo. Claro está que no de cualquier manera, y mucho menos de manera doctrinaria, como suelen hacer las pedagogías reaccionarias, sino a través de lo que he venido llamando la pedagogía “natural” del folclore.

---

<sup>1</sup> Escritor, experto en literatura de tradición oral. Ha publicado estudios centrados en la teoría de la narración y del texto poético y multitud de análisis y recuperaciones de cuentos populares hispánicos. Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil 2005. Miembro de la International Society for Folk Narrative Research.



Esta especial manera de transmitir valores no quedaba al albur de la improvisación, pues el aparente caos de los cuentos populares estaba regido por estructuras muy elaboradas y respondían a determinaciones muy profundas, que hoy pueden analizarse desde puntos de vista muy diversos. En concreto, el punto de vista mitológico, el histórico y el psicológico (con sus respectivas derivadas: filosófico, antropológico y psicoanalítico), a los que hay que añadir el filológico, más bien de carácter instrumental. Algunas de esas estructuras profundas nos las descubrió Vladimir Propp (1928) en relación con los cuentos maravillosos (en España “de encantamiento”). Pero hay muchas otras a las que conviene prestar atención, si queremos aprender algo de cómo funcionaba este universo de centenares de historias viajando durante siglos de un lado para otro, sin el apoyo de la escritura y superando fronteras políticas y lingüísticas de todas clases, esto es, construyendo el más sólido proyecto intercultural que ha emprendido la humanidad, por dotarse de un discurso polivalente con el que entender el mundo y adiestrar en él a las nuevas generaciones.

Resumiendo mucho, la base de esta pedagogía es –o era–, el desarrollo de la función evocativa del lenguaje, que a su vez es la suma de otras tres funciones que tienden a desaparecer en la comunicación culta: la función simbólica, la función afectiva y la función lúdica. De símbolos, de afectos y de juegos, pues, va –o iba– la cosa. O lo que es lo mismo: de un aprendizaje a través de imágenes o secuencias narrativas laboriosamente construidas, con perfiles fuertes y conflictos tremendos, que esconden segundas y terceras lecturas, y que la mente en desarrollo del niño ha de descubrir (no encontrárselas a la fuerza en la moraleja o en historias edificantes y anodinas, como hacen los cuentos doctrinales y en la actualidad muchos cuentos “políticamente correctos”); de relaciones afectivas, en paralelo, con la persona o con el grupo que nos permite participar en esas expresiones de la tradición oral; y de pasarlo bien, jugando, cantando o dejándose fascinar por un maravilloso cuento maravilloso, pongamos por caso, *Blancaflor*, o un atrevido cuento de costumbres, como *La niña que riega las albahacas*, o un encantador cuento de animales como *El gallo Kirico*.

Para ver más de cerca cómo los cuentos orales transmitían esos complejos mensajes<sup>2</sup>, seguiremos la clasificación de los cuentos en tres grandes grupos: maravillosos,

---

<sup>2</sup> Para más información sobre estos análisis véase *Cuentos al amor de la lumbre* (1983-1984), *Los cuentos populares o la tentativa de un texto infinito* (1991) y *El texto infinito* (2004).



de costumbres y de animales. Los primeros eran conocidos por nuestros campesinos como “cuentos de encantamiento”, y por las clases cultas como “de hadas” (expresión impropia y extranjeriza, pues en los auténticos cuentos populares hispánicos nunca hubo tales hadas (mucho menos Vírgenes cristianas, como algunos curas vascos nos hicieron creer en sus recopilaciones “adaptadas”), sino viejecitas o viejecitos transmisores de objetos mágicos o de buenos consejos; tampoco hubo ogros, sino gigantes. Pero lo esencial, a nuestro propósito de hoy, es recordar que los cuentos maravillosos surgen de las contradicciones históricas que se dan en el tránsito de la sociedad de cazadores-recolectores (el bosque) a las sociedades agrarias (la *urbs*), esto es, la propiedad compartida frente a la propiedad privada hereditaria, la tribu solidaria frente a la familia de intereses, la naturaleza imprevisible, frente al poder desconcertante de la agricultura; más todos los fenómenos surgidos en derivación; principalmente, la aparición de un yo desposeído, que dará lugar al humilde que pretende a la hija del Rey, en los cuentos maravillosos, o del pícaro que se burla de los ricos, en los de costumbres; y desde luego otras contradicciones que se dan en la nueva situación: principalmente, el control de la mujer como garante de la transmisión de la propiedad a hijos propios, mediante el matrimonio concertado, frente a la aparición de héroes y heroínas que pronto se rebelarán contra la boda obligada con parientes próximos (caso de *Las tres naranjas del amor*) y que empiezan a defender su derecho al amor como base del matrimonio (*Blancaflor*), incluso con personajes de categoría inferior (*La serpiente de 7 cabezas*, *Miguelín el Valiente* –nuestro Pulgarcito–, *El caballito de 7 colores*, y un largo etcétera). En algunos cuentos maravillosos llega a darse el matrimonio de la hija boba del rey –boba o consentida–, con un villano, que a veces se burla de la familia real con sonoras ventosidades y escatologías varias (*La adivinanza del pastor*) y hasta se permite renunciar a la boda con la “princesa tonta”. Un episodio bastante frecuente en muchos de estos cuentos, en sus versiones auténticamente orales, es el embarazo de la muchacha elegida por el príncipe fuera del control de sus padres, e incluso el enamoramiento de la hija del jornalero de un Príncipe Encantado, con el que duerme a oscuras cada noche.

Fácilmente se comprende que estos cuentos no fueran bien recibidos por la burguesía para la formación de sus vástagos, y que, o bien fueron silenciados o marginados, o, peor aún, adaptados, transformados a sus intereses específicos. Sin duda el caso más claro fue el ocultamiento de un *Príncipe Durmiente*, que en nuestra tradición



expresaba el mensaje contrario a *La bella durmiente*, e incluso que a este mismo relato se le amputara la segunda parte, por obra y gracia de los Hermanos Grimm, justo cuando la heroína tiene que bregar con una suegra edípica y sacar adelante a una familia sin la ayuda de su marido, el príncipe azul. Es preciso subrayar, a este respecto, que muchos cuentos de la tradición oral se articularon en dualidades de sentido contrario. Así, existieron también “cenicientos” (en España *La flauta que hacía a todos bailar*), “pulgaritas” (*María como un ajo*), o multitud de “Príncipes encantados” que habían de ser liberados de su situación por arrojadas muchachas de clase humilde. Claro está que tales modelos de contradicción no interesaban a la cultura de la burguesía, que solo fijó su atención en el estereotipo del “cuento de hadas”, donde la mujer sometida simplemente espera a su príncipe libertador. Nada más lejos de lo que ocurría en el sistema de contradicciones que sustentaban las legítimas versiones de la tradición oral. Allí nos encontraremos con una muchedumbre de otras Cenicientas y Blancanieves (con otros nombres), donde una madre envidiosa expulsa del hogar a su propia hija, o una hija ha de huir de un padre incestuoso y reencontrarse en el bosque con sus siete hermanitos. Poco que ver con las versiones edulcoradas que han prosperado en el imaginario burgués. Con todo, incluso en estas, justo es reconocer que a duras penas se mantiene un atisbo del mensaje esencial contra el incesto y el matrimonio concertado, y en pro del amor como una fuerza imprevisible y arrolladora, a más del papel central que estos relatos confieren a la mujer, como controladora del caos en el que se debaten los hombres, en particular los jóvenes en trance de iniciación; cuestión esta que suelen olvidar algunas feministas de hoy, que solo ven en las tareas de limpiar, lavar o cocinar, un rol de sometimiento al poder masculino. En puridad, es todo lo contrario, y así lo hace notar la lectura simbólica de Blancanieves llevada a cabo por la escuela junguiana (Pinkola Estés, 1971).

Si pasamos a la segunda clase de estas narraciones, los cuentos de costumbres o realistas, nos encontraremos con toda una batería de valores inadmisibles para la cultura *savant*, que ponía todo el énfasis en los cuentos misóginos, que también existieron, pero que son tardíos en esta tradición, y responden al interés ideológico de las tradiciones cultas medievales, de origen judío y árabe, fundamentalmente. Solo aludiré aquí a dos de aquellos valores. Uno, el que claramente se deduce de *La niña que riega las albahacas*, un cuento demoledor para la sociedad biempensante, en el que una joven humilde administra un severo correctivo a un príncipe acosador y abusador de doncellas. Y dos, el caso de los



cuentos eróticos, cuyos protagonistas chasqueados son casi siempre curas lujuriosos.

Por último, entre los de la tercera clase, los cuentos de animales, hallaremos ejemplos patentes de ocultación y manipulación, como el que se ha cebado particularmente en otra pareja contradictoria: la del Gallo Kirico y su oponente, El Medio Pollito, este último escondido bajo siete llaves por la hipersensibilidad burguesa, incapaz de admitir la “fea” costumbre de este extraordinario personaje (que interesó a todo un Jacques Lacan), como es la de meterse a todos sus amigos en su medio culito. Escrúpulo que en realidad escondía el rechazo a la mayor: que este surrealista personaje se permitiera dar toda una lección de honradez al mismísimo rey. Por esa misma causa de reservas pseudomorales, cayó la verdadera versión de *Los tres cerditos*, en la que el lobo no derriba las sucesivas cabañas mediante soplidos, sino mediante pedos. Aunque el caso más claro de manipulación burguesa, en este mismo orden de lo que llamaríamos “reparos de buenas costumbres”, es sin duda el de Caperucita Roja (suponiendo que este sea un verdadero cuento, y no una leyenda de miedo localizada en la tradición oral del centro de Francia y en los Alpes), en el que ha prosperado la interesada versión de la niña que es finalmente salvada de la barriga del lobo por el cazador, esto es, una figura masculina, cuando en la verdadera tradición campesina es ella misma la que se libra de las fauces del animal, cuando ya está con él en la cama, eso sí, mediante un ingenioso y divertido recurso escatológico que, por supuesto, mereció el más olímpico desprecio de las personas “bien educadas”. Claro está que podría decirse de esta actitud lo que Machado sentenció sobre otras semejantes: “Desprecian cuanto ignoran”. Y más castizamente, si me lo permitís, “ellos se lo pierden”.

